

Maximiliano: "La Francia para retirarse invoca sus propios intereses, yo no puedo ni quiero abandonar una causa que he aceptado con sus peligros. Suceda lo que suceda, no tengo necesidad de decir que seré lo que he sido en Milán, en la marina y en Miramar, no tomando consejo sino de mi deber y mi dignidad personal." "No abandonaré jamás mi puesto, y no olvidaré un solo momento que desciendo de una raza que ha atravesado por crisis aun más terribles que la que atraviesa, y no seré yo el que oscurezca la gloria de mis abuelos." (*)

Recordando Maximiliano las promesas explícitas y formales que el Emperador francés le había hecho, repetido y solemnemente confirmado, no había creído que se efectuaría la partida del ejército expedicionario. Nada había preparado en previsión de esta eventualidad; el ejército mexicano estaba en vía de organizarse; la hacienda pública en ruina, por la inmixción que la administración francesa tenía en las aduanas.

Maximiliano ya no cuenta con los liberales, se une cada día más á los conservadores, sus aliados naturales, los que le habían llamado y que en aquellos momentos le ofrecían hombres, dinero y fuerza moral, aunque ese partido estaba debilitado por la desorganización que en él había operado el mismo Maximiliano, de manera que su brusca llegada al poder produjo nuevas causas de ruina en aquella situación ya tan trastornada. Todos los incidentes que se presentaban, contribuían á dar á los republicanos fuerza, vida y valentía, y á los imperiales debilidad, vacilación y congojas.

Pareció que anunciaba Maximiliano su abdicación, de una manera inequívoca, cuando el 18 de Noviembre puso bajo la salvaguardia del Mariscal su propiedad particular, manifestación que fué acogida con alegría por los representantes de Francia, creyendo que indicaba el próximo término al desarrollo revolucionario y al pánico que crecía en la capital. Bazaine, Castelnau y Danó suscribieron una acta accediendo á los deseos que manifestó Maximiliano, acerca de los compromisos contraídos por la Corona; pero tratándose de una cantidad que se había de entregar al Sr. Carlos Sánchez Navarro para satisfacer las deudas de la lista civil y la liquidación de las cuentas de la gran cancillería, dijeron que las sumas provenientes de la venta de los muebles pertenecientes á la lista civil, quedarían afectas á ese pago, y en caso de que faltasen fondos, los representantes de Francia se esforzarían por obtener "que el resto fuese abonado por el nuevo gobierno de México."

(*) A fines de 1888 publicó el "Vienna Tagblatt" dos cartas enviadas de Madrid y reproducidas en periódicos de los Estados Unidos, una de la Archiduquesa Sofía conteniendo varios consejos á Maximiliano, proponiéndole que si las tropas francesas abandonaban á México fuese un buen rey con los mexicanos, como digno hijo de la casa de Hapsburgo; pero que si la expedición francesa permanecía en México, abdicara en favor de Agustín de Iturbide y regresara á Austria con su familia. En otra carta de la Emperatriz Carlota, fechada el 15 de Junio de 1866, en momentos de partir para Europa, al manifestar la convicción de que su misión quedaría satisfecha y todo arreglado tan luego como hablara con Napoleón, también manifestaba su confianza en la Emperatriz Eugenia.

Esto último indicó á Maximiliano que se trataba de que un nuevo gobierno sustituyera á la monarquía mexicana. Habiales anunciado ya, que si algunas negociaciones comenzadas no tenían éxito feliz, abdicaría, y no obstante que el resultado había sido malo, decía en otra carta: "que ántes de resolver definitivamente lo que debería hacer, y en el caso en que se resolviera á abandonar el país debía dejar arreglados ciertos puntos."

Maximiliano, con la respuesta de los comisarios franceses, adquirió la certidumbre de que la política napoleónica le había sacrificado en aras de los Estados Unidos para salvar los intereses franceses, y ya no le cupo duda de que todo lo había dispuesto el Comandante francés para sustituir el Imperio con un nuevo orden político. Sentíase ya impaciente por concluir de manera definitiva sus relaciones con la Francia, y teniendo informes del General Miramón acerca del cambio favorable que se había operado en los Consejos de Estado y de Ministros, listos para ir á Jalapilla llamados por el Emperador, dirigió una nota á Bazaine, proponiéndole una entrevista pues era necesario arreglar un gobierno estable que protegiera los intereses comprometidos, y no permitiéndole su enfermedad de calenturas subir á México, invitaba al Mariscal á bajar á Orizaba, para donde también citaría á los Consejos de Estado y de Ministros.

Una carta que Maximiliano dirigió á Bazaine desde Orizaba el 2 de Noviembre, no dejaba duda alguna de que por el momento no debía esperar la abdicación del Príncipe; además era un ataque á las maniobras desarrolladas entre el gabinete de las Tullerías y el de Washington, y á la misión de los comisarios norteamericanos que habían anclado frente á Tampico.

Esto daba motivo á los rumores muy generales que circulaban acerca de la abdicación forzosa que el Mariscal Bazaine exigía de Maximiliano y con tal motivo la "Estafette" hizo una aclaración, asegurando que dicha abdicación no podía ser sino un acto voluntario y que mientras más penosas fueran las circunstancias y más evidentes las dificultades del Jefe del Estado, más se deberían respetar sus derechos. *No es mengua perder el trono. "Un golpe violento puede muy bien hacer caer una corona, pero la sustituye con una aureola."* "Nunca se ha tratado de agresiones ni de emplear la fuerza." En seguida ese periódico, órgano de la Intervención, siguió sosteniendo la conveniencia de una abdicación voluntaria y la aconsejó al Emperador.

El gabinete presidido por el Sr. Lares no daba señales de vida, sino para expedir un decreto sobre cementerios y derogar algunas leyes; su programa ministerial quedaba únicamente escrito, sin poderlo desarrollar; la inercia del Ministerio tenía que ser necesaria, porque acontecimientos imprevistos podrían deshacer mañana lo hecho hoy. Las circunstancias impedían todo movimiento social de cualquiera clase que fuera; se estudiaba el presupuesto, ¿pero sin entradas qué equilibrio podría haber en la administración pública? ¿y cómo organizar el ejército, obra que estaba á la orden del día hacía mucho tiempo? La

incertidumbre producía un letargo mortal, y tenía suspensa la vida política y social de los que todavía esperaban algo del Imperio.

Los franceses sostenían la conveniencia de la abdicación; insistían en que Maximiliano no creyera á los que le aseguraban que después de la partida de las tropas francesas, encontraría bastantes súbditos adictos para sostenerle con suficientes elementos; le advertían que era seducido con peligrosas ilusiones, al aconsejarle que se dejara llevar por la fortuna y la casualidad; le recordaban que era extranjero, pecado que los mexicanos jamás le perdonarían, por más de lo que en contrario le dijeran los cortesanos y que ya comprendería esto el día de las pruebas y del peligro, el día en que la traición le arrebatara la buena suerte de morir en medio de los leales. Los hechos que se sucedían hacía dieciocho meses, debían convencerle de lo impotente que es el sufragio inerte para defender lo que proclama. ¿Cómo escapar de las penurias hacendarias, suponiendo que escapara de todo lo demás?

Parecía indudable que Maximiliano carecía de opinión precisa sobre lo que haría en Orizaba; iba á meditar allí, lejos de las intrigas de la Corte, acerca de los medios para retirarse del trono con honra; pero se dedujo de sus actos, que no había fijado definitivamente la fecha de su partida. Los momentos eran tentadores para dar pábulo al pensamiento de abdicar, aprovechando la peligrosa situación que había creado al Emperador Francisco José la derrota de Sadowa. Habíase fijado en el ánimo de Maximiliano la idea de dejar á México, cuando recibió la carta de Eloin á que hemos hecho referencia, fechada el 17 de Septiembre, haciéndole saber que la corona de su hermano estaba comprometida y que un numeroso partido pensaba aclamar á Maximiliano Emperador de Austria. Al lado de estas esperanzas se presentó la realidad.

Acababa de llegar Maximiliano á Orizaba cuando le visitó el Ministro francés, invitándole para que se pusiera en planta la convención del 30 de Julio, siendo el 1.º de Noviembre la fecha en que debía ser ejecutada, y para lo cual prescribió Mr. Danó á los agentes franceses que intervinieran en las aduanas.

Era natural que tal paso encontrara resistencia, y que los franceses ejercieran rigor tan humillante cuanto inútil con un gobierno condenado á muerte. En esos días, un periódico francés que se publicaba en México, dijo: que el Imperio no existía ya; que la Intervención francesa era la poseedora de este país que necesitaba la dictadura para atender á los acontecimientos futuros, y que ninguna dictadura hubiera caído jamás en manos más dignas que aquellas á las cuales volvía naturalmente.

Disgustaba este lenguaje en gran manera á Maximiliano, á quien sus cortesanos excitaban explotando la irritación que le causara, para obligarle á permanecer en el trono. En este sentido trabajó el Padre Fischer, haciéndole mil promesas por parte del clero, y supo aprovechar los múltiples acontecimientos que vinieron en su auxilio, para lograr el éxito de los planes que desarrollaba. Uno de los apoyos indirectos que tuvo, fué el ministro de Inglaterra Scarlett,

quien al pasar por Orizaba, en marcha para Europa, conferenció largamente con Maximiliano y le persuadió de que podía conservar una corona sin necesitar el apoyo de los franceses; le aconsejó que hiciera un llamamiento á la Nación mexicana, que le aclamaría inevitablemente, tan luego que la presencia de los soldados extranjeros dejara de impedir que se reprodujeran por todas partes las adhesiones. En igual sentido le habló el Barón de Magnus, ministro de Prusia. El de Austria, Barón de Lago, ponía en conocimiento de Maximiliano, á nombre de la corte de Viena, que no podía volver al territorio austriaco antes de que tuviera nuevamente sus derechos de agnado, perdidos desde Abril de 1864, fecha en que aceptó la Corona Mexicana, cuyo aviso pesó sin duda grandemente en el ánimo de Maximiliano, para decidirle á no dejar á México, siendo á la vez humillante la situación que le creó su hermano el Emperador Francisco José. (*)

Al sentirse Maximiliano apoyado por el partido conservador, rompió de frente con las consideraciones que aun guardaba á los franceses, muy disgustado por los rumores que le llegaban respecto á las negociaciones que abrió la diplomacia francesa con los jefes republicanos, y por la misión de Campbell cerca de Juárez; además, los agentes que tenía en Washington le informaron de los trabajos desarrollados en las Tullerías para la caída del Imperio, y acerca de las idas y vueltas de los diplomáticos y agentes secretos con instrucciones del marqués de Moustier al de Montholón. El Emperador francés recibió secretamente en Saint-Cloud al coronel Sturn y en Washington fué recibido Mr. de Moreau. El cónsul americano Mr. Marcus Otterburg dejaba la fragata Susquehannah y subía de Veracruz á México, para conferenciar con el general Castelnau. Entonces, impelido por el consejero Fischer, resolvió Maximiliano desenmascarar de un golpe la política francesa, para forzarla á que se pronunciara abiertamente en algún sentido, y aun sintió no haber recibido al general Castelnau para saber oficialmente la última voluntad de las Tullerías.

Comisionó Maximiliano al Presidente del Consejo, Sr. Lares, para saber el objeto de la misión que aquel traía; pero Castelnau contestó que era necesaria en la conferencia la presencia del Mariscal Bazaine y entonces los ministros Lares y Arroyo fueron á la casa del Mariscal. Allí encontraron reunidos á Castelnau, Bazaine y Danó; las explicaciones cambiadas fueron consignadas en una nota de fecha 4 Noviembre. Castelnau declaró que no tenía otra misión que la de confirmar las cartas por las cuales Napoleón significaba á Maximiliano, que no podía

(*) Una prueba de los sentimientos que abrigaba Maximiliano respecto al gobierno austriaco, se presentó al caer prisionero en Querétaro; llamó á su lado primeramente al ministro de Prusia y no al de Austria, quien después fué espontáneamente á ofrecer sus servicios al monarca prisionero. Acabó de salir Maximiliano de su incertidumbre, con la llegada de los generales Márquez y Miramón á Orizaba; pues entreveía el éxito con el triunfo ó por lo menos con la posibilidad de retirarse honrosamente. En consecuencia, el 18 de Noviembre llamaba á Orizaba á sus ministros, sus consejeros de Estado y al Mariscal Bazaine; este se negó á concurrir, de acuerdo con los representantes franceses Danó y Castelnau.

seguir auxiliando al Imperio ni con soldados ni con dinero, dejando al Emperador Maximiliano en libertad para tomar una decisión. Los ministros Lares y Arroyo pidieron que se pusieran en manos del Imperio los arsenales, la artillería y municiones, y la fuerza mexicana para emprender las operaciones militares que el gobierno nacional juzgara oportunas, y que á la vez le fueran confiadas las plazas fuertes. También querían saber los comisionados por Maximiliano, la época más lejana en que sería la retirada del ejército francés y qué auxilios podría prestar este para la pacificación del país. Para el caso en que Maximiliano abdicara, deseaban saber lo que haría el Mariscal, según las instrucciones de Napoleón, con el fin de evitar la anarquía y los desórdenes que seguirían á la falta de gobierno.

Los tres comisarios franceses confirmaron el 7 de Noviembre las resoluciones de Napoleón; todas las fuerzas y el material de guerra mexicanos, quedarían confiados á los generales imperialistas, dueños ya de los establecimientos militares; las plazas del Imperio serían entregadas á las autoridades imperialistas, previniéndoles con tiempo oportuno el día en que serían abandonadas por los destacamentos franceses; estos seguirían protegiendo á los funcionarios y poblaciones en las zonas aun ocupadas por ellos; pero sin emprender expediciones. En cuanto á lo que harían los franceses si se retiraba Maximiliano, se contestó que era imposible exponer las medidas en los casos eventuales; pero ofrecieron que siempre procurarían mantener el orden, el respeto á los votos de las poblaciones y la salvaguardia de los intereses franceses.

Tal contestación no satisfizo á Maximiliano ni á su secretario el padre Fischer; el primero dirigió el 12 de Noviembre una carta á Bazaine fechada en Orizaba, pidiendo que la respuesta fuera colectiva por los representantes de la Francia y una declaración explícita. Decíale que antes de resolver definitivamente lo que había de hacer y para el caso en que su resolución fuera abandonar este país, quería dejar arreglados ciertos puntos que merecían atención particular, y pedía que el gobierno francés acordara los recursos necesarios para que regresara á la patria la legión austro-belga, que sería la primera en evacuar el territorio mexicano. Las autoridades francesas dispondrían que á los gastos de la expedición se añadieran los indispensables para pensionar á los mutilados é inválidos del cuerpo austro-belga, en el caso de que no bastara para ello el producto de la venta de los cañones de la legión austriaca, que eran de la propiedad particular de Maximiliano; las pensiones deberían ser liquidadas por una comisión nombrada por el Mariscal, de la que formarían parte los coroneles Kodolich y Van der Smissen, quienes se encargarían de enviar las cantidades respectivas á los individuos que á ellas tuvieran derecho. También quería que las autoridades francesas dispusieran, que el tesoro mexicano entregara diez mil pesos á la princesa Iturbide á cuenta de su pensión, y que se enviara igual suma á Francia para el príncipe Salvador Iturbide, en abono de lo que se le debía, disponiendo que solamente pudiese gozar de los intereses durante su menor edad, é insistía en que



Lic. D. José Linares,

Consejero de Estado en el gobierno de Maximiliano.

En pliego cerrado que el Emperador Maximiliano entregó en Querétaro, durante el sitio, al general Leonardo Márquez y que éste abrió al saber que Maximiliano había caído prisionero, se nombraba una Regencia compuesta de tres miembros propietarios y tres suplentes, siendo uno de estos últimos el Consejero de Estado D. José Linares.